

ASCENSIONISMO, “ARRIVISMO”⁶⁶

Una de las muchas y graves enfermedades de la época, es lo que pudiéramos llamar “ascensionismo”, si preferimos esta palabra, de corte castellano, a la muy expresiva pero un tanto afrancesada, de “ARRIVISMO” (derivada de “ARRIVER”, llegar).

En la época presente se trata, ante todo, de ascender, de subir en la escala social, de llegar a la cumbre o a posiciones más altas que aquella en que el destino nos colocó.

Y al pretender escalar esas cumbres se quiere y se busca hacerlo rápidamente, de prisa, en forma precipitada y vertiginosa.

En la anterior etapa del mundo, cuyas postrimerías o últimas manifestaciones todavía pudimos los viejos alcanzar, cada uno se conformaba modesta y filosóficamente, con la posición que ocupaba, y dentro de ella vivía tranquilo y con sosiego, sin atormentarse por lograr el acceso a cimas más altas.

Esto sucedió mientras el desarrollo del capitalismo no cobró auge, mientras los recursos del país eran de todo punto escasos, mientras no azuzó a muchos el acicate de la competencia, el hacerse más enconada y ruda la lucha por el pan, por la riqueza y por el poder.

La vida era entonces fácil y quieta (hablo del largo período de la paz y me refiero a una gran porción de la clase media). El artesano y el comerciante en pequeño, obtenían sobradas ganancias, el profesionista se sostenía con desahogo, la clase media al menos (ya que no la obrera y la campesina) vivía dentro de una situación estable que le producía placidez y tranquilidad de ánimo.

Dicha clase se conformaba con su estado y no era víctima, en lo general del demonio de la ambición, del espíritu de avidez y de la codicia. No intentaba llevar vida opulenta ni le acometía la tentación de rivalizar en gastos y derroches con la gente adinerada o con el alto mundo.

⁶⁶ *El Universal*, 22 de marzo de 1944.

Pero vino el período del auge capitalista, surgieron con él los grandes negocios y las grandes oportunidades de lucro; sobrevino poco más tarde la revolución, que abrió la puerta a la justicia para los humildes, pero la abrió también de par en par a las ambiciones y a las concupiscencias, y entonces todo cambió en forma radical.

Se pudo ver a los desarrapados de ayer convertirse en magnates, se presenció el ascenso a las más altas cumbres de hombres hasta allí desconocidos —con talento o con indiscutible mérito los unos; sin talento y sólo audacia, los otros—; se enseñó y se practicó todos los días la lección del fácil enriquecimiento, y esa alucinante lección creó prosélitos y preparó novatos, catecúmenos y maestros. Admirables maestros en el arte de ascender, en la técnica de escalar las alturas.

Otro fenómeno se agregó a los anteriores: la provincia se desbordó sobre la Capital, y muchos de los que de allá emigraron, venían dispuestos a triunfar a cualquier costa. Esa legión se agregó a la de los revolucionarios ansiosos de brillar y de enriquecerse, y a los no revolucionarios deseosos de imitar a los que sí lo eran, pero que ya empezaban a corromperse o a aburguesarse.

Se repitió, en nuestro país, en pequeña escala, lo que en Francia ocurrió al día siguiente del triunfo definitivo de la Revolución, o para hablar con más exactitud, apenas se inició la era contemporánea bajo el genial impulso de Napoleón, el aventurero portentoso, el más grande de cuantos “arrivistas” hayan jamás existido.

Nadie ha sabido presentar esa hora, decisiva en la historia de la humanidad, con tanta elocuencia como el perspicaz y malogrado Stefan Zweig.

Las luchas de la ambición —nos dice él— minan desde entonces la tierra nivelada de la vida moderna (nivelada sólo en apariencia por el esfuerzo democrático). “La tensión de esa lucha se duplica, lejos de reducirse o de aflojarse, ya que en la vida moderna no hay puestos reservados, como antes el del rey, el de la nobleza, el del sacerdocio: TODOS TIENEN DERECHO A PRETENDERLO TODO”.

Así es como “el instinto desarraigable de la ambición conspira contra las apariencias igualitarias”.

Para Stefan Zweig es Honorato de Balzac el más genial de los expositores de esa guerra sorda, subterránea, implacable, que bajo mil formas y facetas mina y sacude la sociedad contemporánea.

El símbolo, la metáfora luminosa de esa lucha por el poder y la riqueza, por el afán de subir y de medrar, nos la proporciona el mismo Zweig, al interpretar y seguir hasta lo hondo el pensamiento de Balzac.

“La aventura es siempre la misma: cruza, rauda, un coche, salpicando lodo; el cochero restalla el látigo; pero dentro se yergue el busto de una mujer joven y en su coche brillan las joyas. En el aire queda flotando una mirada rápida. La mujer es tentadora y bella, símbolo de la sensualidad. En este instante, todos los héroes de Balzac se concentran en un deseo único: ser dueños de esta mujer, del coche, del criado, de la riqueza; del mundo...”

En lugar de París, póngase México; substitúyase a los héroes de Balzac por los personajes de carne y hueso, surgidos al soplo de la tormenta revolucionaria; en lugar de la Eva tentadora —símbolo eterno—, tómense en cuenta las mil y mil fascinaciones que al hombre maduro y al de poca edad ofrecen el brillo deslumbrante del poder y la atracción de la riqueza, y se tendrá fotografiada, con rigurosa exactitud, la época posrevolucionaria dentro de la cual trabajosamente aquí y en todos lugares del orbe, nos deslizamos... época cuya eclosión fue determinada en Francia por la Revolución y por Bonaparte, su genial intérprete, y que por contagio o natural expansión ha cubierto después la Europa entera y el mundo en integridad.

Encaramarse los unos sobre los otros —pueblos o individuos—, en una lucha ansiosa y desesperada por la conquista de las altas posiciones: tal es la característica de la época contemporánea. Exceso de soberbia, exceso de ambición, hipertrofia de las concupiscencias y de la codicia, desarrollo patológico de la egolatría, hinchamiento desmesurado del “yo” —individual o colectivo—; tales son los hondos orígenes del desequilibrio universal.

Contra ese desbordamiento de las ansias y de las ambiciones, no bastarán los remedios ni las leyes humanas; bien relativa tiene que ser su eficacia. Normas más altas, mandamientos que lleguen hasta el fondo de las almas, por basarse en la aceptación de un Ser Supremo, con derecho a legislar y a imponer sus mandatos; eso es lo que la humanidad necesita para recobrar el equilibrio y la salud.

La postguerra, muy probablemente, iniciará ese retorno al origen de toda vida, a los valores eternos de la justicia y del bien, de la fraternidad y de la concordia humana.

Y entre tanto que esa revolución espiritual se verifica —como tendrá que suceder a menos que la humanidad busque su propio exterminio—, habrá que conformarnos con un deseo, con una aspiración bien modesta

(que sera solo un paliativo): el anhelo de que aquellos actos de “arrivismo”, aquellas manifestaciones de ascensionismo que constituyan verdaderos delitos, innegables infracciones a la ley penal, sean reprimidos por el poder público con la aplicación de enérgicas sanciones.

Esto es: que en lugar de premiarse sistemáticamente al “arrivismo”, se le castigue cuando caiga bajo la acción de la ley penal. Que no quede impugne en una palabra, el “arrivismo” delictuoso de líderes y caciques, o de los influyentes representantes de los nuevos privilegios y de los monopolio novísimos.